

EL CLIMA ELECTORAL

La reanudación de las conversaciones entre el Gobierno y la oposición democrática en esta misma semana centra el carácter de la vida política española en un tema: las elecciones. La aceptación del diálogo por parte del poder gubernamental no quiere decir que esté dispuesto a hacer concesiones. Las conversaciones pueden ser un fin en sí mismas, una baza más del Gobierno que se muestra "liberal". Y la oposición democrática puede encontrarse en uno de los varios apuros a que le está sometiendo la prepotencia gubernamental, parecido al del referéndum. Negar enteramente la validez de las elecciones tales como las está planteando el Gobierno significaría una falta de apoyo al impulso democratizador del Gobierno —y, por lo tanto, un juego favorable a la derecha—, mientras que aceptar los términos propuestos hasta ahora significaría dar un espaldarazo a las fórmulas no democráticas contenidas en la Ley de Reforma y consagradas por la ley electoral.

Como se sabe, los puntos que propone la oposición democrática son tan sencillos y tan elementales que deberían ser los mismos del Gobierno: que las elecciones ofrezcan un sistema de votación y de designación que garantice la máxima representatividad que puede ofrecer una democracia, que los candidatos tengan igual tratamiento por parte de los medios de comunicación estatales —el gran tema de la televisión, que sigue estando manipulada, y que da indicios de estarlo cada vez más: que no ceja en sus "listas negras" o

en sus vetos a determinadas figuras, que da una visión unilateral del país que está perjudicando incluso al Gobierno del que emana—, que se regulen de una manera coherente las relaciones entre la cámara baja y la alta, que esta última —el Senado— se elija no entre notables ni entre designados directamente —lo cual mantendría la imagen de autocracia que se quiere borrar—, sino por un sistema de representación popular, que las mesas electorales sean supervisadas de una manera más segura que en el referéndum pasado y que todos los partidos políticos sean legalizados por una simple fórmula de inscripción en el registro, sin ser obligados a declaraciones o muestras de respeto hacia fórmulas constitucionales que quieren combatir. Si el Gobierno fuese abiertamente democratizador, como lo pretende, estos puntos ni siquiera tendrían que ser negociados, y la oposición democrática podría dedicarse a lo que debería ser su función principal: crear un programa político de alternativa, fraguar las alianzas y los pactos necesarios para ofrecer una coherencia. No es ni siquiera decente que lo que debe ser premisa de un orden democrático tenga que ser discutido.

Como no lo es, a estas alturas, que tenga que seguirse pidiendo una amnistía que no llega nunca, que se retrasa con burdos pretextos, o que se relaciona con sucesos externos, como el oscuro y misterioso caso del secuestro del señor Oriol. ¿Oscuro y misterioso? Quizá excesivamente sabido y comentado ya en todo el mundo. El retraso en la

amnistía es algo que no se termina de comprender, que escapa a todos los juicios válidos y que ni siquiera se justifica con la existencia de fuerzas en el seno del poder que se oponen a ella.

Esas fuerzas existen. Esas fuerzas están todavía viviendo de los presupuestos de un Estado que ya no comparte sus puntos de vista, y lo están minando por dentro. Las reformas de las leyes políticas y constitucionales del Estado, por mínimas o mediatisadas que estén, son finalmente unas reformas. Pero no las hay en cuanto a personas con poder, en cuanto a instituciones arcaicas, en cuanto a sistemas de vida que siguen dominando el país. Los motines penitenciarios de la semana pasada nos ponen una vez más frente a la necesidad de renovar las instituciones penales, y esto no es más que un ejemplo. España sigue estando en la línea dura, en la línea punitiva de una sociedad rígida: nada de ello corresponde a lo que se trata de aparentar o lo que se dice buscar. La jerarquización del autoritarismo, la dominación del ciudadano por los escalones burocráticos, está en contraposición con unos Derechos del Hombre a los que no basta con ratificar espectacularmente, sino que hay que cumplir cada día. No se puede adherir a los Derechos del Hombre y presentar un cuadro democrático al mundo y a los ciudadanos y, al mismo tiempo, prohibir un coloquio sobre "Cristianismo de base y compromiso temporal", como ha sucedido la semana pasada, aludiendo al incumplimiento de unas normas administrativas. Si hay

colisión entre burocracia y derechos lo que se debe impedir es la burocracia, no el cumplimiento de esos derechos. Y no hay relación entre esa prohibición y la presencia de militantes comunistas en la negociación entablada con el Gobierno, aunque no sean hasta ahora interlocutores directos del presidente Suárez, o en la autorización del acto semipúblico del Partido Comunista en homenaje al poeta Nicolás Guillén. Ello nos lleva una vez más a encontrar que quizá entre los propósitos del Gobierno y los actos de sus funcionarios o de sus representantes hay un abismo diario de índole personal: pero el Gobierno no se puede exculpar o marginar de esos actos que atañen a la vida diaria.

Es todo este conjunto de problemas el que se opone a la celebración de unas elecciones verdaderamente libres, verdaderamente despejadas de impurezas. Ciertamente que en la duda entre que se mal celebren las elecciones o que no haya elecciones de ninguna clase, muchos podrían inclinarse por esta primera opción. Pero no hay que plantear el problema en forma de alternativa. Hay, más bien, que exigir del Gobierno que depure la vida nacional de antidemócratas, o que exija de sus empleados y representantes que se comporten como demócratas, sea cual sea su ideología personal. No se trata de iniciar una caza de brujas ni ningún tipo de persecución, sino de deslizar claramente lo que es servicio público a un programa de Gobierno y lo que es una forma personal de concebir la vida política del país.



El Partido Popular de Arelliza y Cabanillas y la Unión Democrática Española de Monreal Luque buscan el centro.

Lo primero que sucede con las elecciones es que, con el actual contexto de la vida pública española, con el natural residuo de un larguísimo período de sistema antidemocrático en el país, no ofrecen ninguna garantía. Lo segundo que sucede es que son prematuras. Aun dejándolas para junio —después de haber sido planeadas para marzo, abril o mayo— es un plazo demasiado precipitado: no puede haber unas elecciones puras y decentes si cuatro o cinco meses antes todavía los partidos políticos están tolerados —unos más que otros—, y los actos en que deben darse a conocer son suspendidos o vigilados de tal modo que no hay garantías de seguridad para quienes asistan a ellos.

SIN embargo, hay ya muchos nuevos ricos de las elecciones que están preparándose para ellas. En primer lugar, desde luego, las organizaciones de derechas, las alianzas de tipo neofascista como la Alianza Popular. Para este tipo de supuestos partidos, cuanto antes se celebren las elecciones, cuanto menos se depure la vida nacional, mayores posibilidades hay de éxito. Pero también los partidos de izquierdas parecen apresurarse, y en estas fechas ya cada uno tiene más o menos configuradas sus listas electorales, incluso los que no están legalizados.

ESTO se produce porque dentro mismo de la oposición democrática hay desconfianzas e inseguridades. Nadie está seguro de lo que va a hacer el partido de al lado. Nadie está seguro de quedarse detrás en la carrera por las actas de diputado.

ES probable que tenga que ser así y no de otra manera. Que tenga que ser así por una especie de fuerza del destino cuyo análisis nos daría una serie de oportunismos históricos y políticos que impidan una situación normal. Un perfeccionismo, una busca de unas elecciones químicamente puras, nos alejaría de cualquier posibilidad real. ¿Son puras las elecciones en otros países occidentales?

DE todas formas, no es fácil creer que no pueda haber un empeño mayor en la busca de fórmulas más justas, más representativas. En el diálogo con el poder gubernamental, este cede poco: sigue paso a paso su propio programa. La oposición no tiene demasiado terreno que perder: sin embargo, cede más. Sería precisa una información pública suficiente y clara de las intenciones de la oposición, de cuál es su punto máximo de concesiones, a partir de qué momento todos sus partidos —pero todos— están dispuestos a no transigir en un camino que les puede llevar a la confusión durante unos cuantos años. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

EL TERRENO INVADIDO

El viejo republicano sentimental está incómodo. Ha ido a almorzar a un restaurante y en la mesa de al lado ha visto un personaje increíble: el Rey. Y la Reina. Comían y bebían como todo el mundo. Recibían los mismos empujones de los camareros apresurados. "¿Qué nos queda a nosotros —dice el viejo republicano sentimental— si los Reyes se comportan como nosotros?"

Es una línea, una tendencia, le respondo. Los grandes de este mundo buscan ahora ser ciudadanos medios. Carter, al jurar la Presidencia de los Estados Unidos, ha paseado del brazo de su esposa por las calles. Ya empezó Giscard d'Estaing, cuando destruyó todos los protocolos de grandeza de su antecesor, De Gaulle. El nuevo mito es que el poderoso sea como un ciudadano cualquiera, un "uomo qualunque", un "man in the street".

"Pero eso era lo nuestro... Nuestro terreno, nuestro habitat: un traje sencillo y cómodo y un pasear tranquilo por las calles de la ciudad. Nos sentíamos reyes en nuestro "aurea mediocritas". Para ellos, para los Reyes, el traje de armiño y la corona. Sólo así podía uno pensar en la guillotina. De otra forma, ¿quién pensaría en guillotinar a uno que se sienta en la mesa de al lado del restaurante?"

Nadie, afortunadamente. Nada cambia con la guillotina en la plaza de la Concordia o con el hacha en la Torre de Londres. Nada cambia con el traje. Ya lo decía Carlyle: "Los trajes escapan del cuerpo dramático; y duques, grandes obispos, generales, el mismo monarca, todo hijo de madre, quedan desnudos, sin una camisa que les cubra: y no sé si reír o llorar". Este desnudo filosófico es una razón ácrata: porque decía también Carlyle: "La sociedad, que cuanto más pienso en ella más se asombra, está fundada sobre el traje". Se habla estos días de que Felipe González se ha puesto la corbata para visitar a Adolfo Suárez: a la izquierda le hubiera gustado más que Adolfo Suárez se hubiese puesto cazadora y zamarra para recibir a Felipe González. ¿Y monseñor Tarancón, todo un cardenal, vestido de simple alzacuellos y traje oscuro? ¿Dónde están las pompas de antaño?"

"Se acercan a nosotros —dice el republicanote—: cuidado. Nunca se han acercado más que con alcabaleros, corchetes o alcaides. ¿Qué quieren ahora de nosotros?". El lenguaje del buen hombre es un arcaísmo. "¿Qué van a querer? —le digo—. Quieren lo de siempre. Antes impresionaban con el armiño, o la peluca o la toga; o con el contorno. Ahora eso ya no impresiona. Lo que impresiona es el traje gris y el paseo por la calle. Mira cómo tú mismo te has impresionado, te has estremecido. Ya sabes que son como tú. Y, al mismo tiempo, que no son como tú. Es el misterio que más impresiona hoy: el de la naturaleza, el de lo cotidiano. Que aquello que no se distingue en nada de ti mismo, sea todo lo contrario de ti mismo". "¿Pero los grandes son hombres como los demás! Haz su traje transparente, como el filósofo de tu Carlyle, y tendrás un hombre como tú...". "Pero al mismo tiempo sabrás que no es como tú. Que vive en la Casa Blanca, o en el palacete de la Moncloa. No tiene cetro ni corona, pero al mismo tiempo tiene cetro y corona".

El viejo republicano queda inconsolable. Le están quitando su clase media. Era su última fuerza. ■

POZUELO